SOBRE EL REALISMO DEL «PERSILES»

Bueno será advertir que en esta nota manejamos el adjetivo «realista» aplicado a una obra literaria, en el sentido tradicional. Parece ser que los modernos estudios de crítica literaria—concretamente, los de Dámaso Alonso—intentan dar una nueva visión del tan traído y llevado «realismo español». Probablemente tras este fácil y simplista concepto hay un problema hondo y trascendental, puesto que a nuestra manera de ser y de producir atañe. El realismo español es tan desorbitadamente táctil, tan excesivamente literario, que trasustancia las cosas reales en esperpentos. Quevedo representa la máxima consecuencia de ese realismo. Posiblemente se ha creído demasiado ingenuamente en ese concepto del realismo como esencial a nuestra manera de ser: del mismo modo que los novelistas de la segunda mitad del XIX creyeron excesivamente en la fórmula del «naturalismo». Doña Emilia Pardo Bazán, en *La Cuestión palpitante*, busca antecedentes a la escuela francesa en el indiscutible realismo español. ¿Hasta qué punto es cierto todo esto?

No pretende esta nota desentrañar tan complejo y delicado problema literario. Y sí apuntar únicamente algunos matices realistas advertidos en el *Persiles* que dan a esta obra un valor especial dentro de la producción cervantina.

Muchas interpretaciones se han dado de esta última obra de nuestro más grande novelista, pero tal vez las más interesante y popularizada haya sido la de Farinelli: «Para él la historia no es otra cosa que un sueño romántico en el

que se refugia el poeta, siempre maltratado y desengañado por la vida, buscando su redención, un sueño donde para su consuelo transfigura todo lo terreno y vulgar y evoca mágicamente ante su propia alma un mundo de amor, de aventuras y de hombres nobles.»[1]

Creemos acertada y fina esta opinión, pero con leves restricciones. Cervantes ha vivido demasiadas amarguras, ha experimentado en su carne y en su espíritu la eterna tragedia del debate idealismo-realidad, para que en estos sus últimos días, ya «con el pie en el estribo», pueda escribir una obra a espaldas de toda esa tremenda experiencia. Cierto es que corre a refugiarse en ese fantástico, barroquizante mundo de hielos, aventuras, amores y apasionados peregrinos, que se agita en el *Persiles*. Pero en esa su huída idealizante va lastrado de observaciones realistas. Y de ahí el dejo amargo o picaresco de algunos pasajes de su gran novela bizantina.

Cervantes sintió la gran llamada del género picaresco, pero no llegó a escribir una plena novela picaresca. Exceptúase *Rinconete y Cortadillo* y aun así, recuérdense las restricciones que críticos, como Pfandl, han hecho sobre esa obra.

Menéndez Pelayo y Américo Castro explican este hecho por la repugnancia de Cervantes—con tanta ingénita delicadeza y sentido del buen gusto—hacia todo lo feo y sórdido. Limpia luz sevillana es la que se derrama desde el patio de Monipodio, en contraste con las lobregueces del *Buscón*, de Quevedo. Tal razón estética justificaría que Cervantes—cultivador de todos los géneros literarios—no nos dejase una cumplida novela picaresca.

En compensación impregnó de picarismo—alegre, sin amargura apenas—la mayor parte de sus obras, hasta convertirlo en un *leit-motiv* denunciador de que la muy castellana sangre del novelista gustaba de ese género nacional, aun cuando su depurado espíritu se apartase de él. En sus comedias aparecen tipos de perfil picaresco, como los gra-

[1] Cito a través de Pfandl: *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, 1933, pág. 285.

ciosos capigorrones de *La entretenida* y de *El laberinto de amor*. No olvidemos *Pedro de Urdemalas* y *El rufián dichoso*, ambientalmente picarescas, en especial la última, de gran interés para el estudio de toda una fauna social. Igual colorido se observa en bastantes entremeses cervantinos, especialmente en el muy rufianesco *La cárcel de Sevilla*. De las novelas ejemplares la más interesante en este aspecto es *El coloquio de los perros*, verdadera acción de perros-pícaros. En *La ilustre fregona* se describen las almadrabas de Zahara, en las que se graduaba de pícaro Don Diego Carrazo. Puede que la vida picaresca, como la de los caballeros andantes, ofreciera encanto para los nacidos hidalgos. Y así, este Carrazo es una especie de pícaro por *snobismo*, por simple afición.

Pero no se trata aquí—y perdónese la digresión—de estudiar el picarismo en la obra cervantina, sino de anotar los matices realistas del *Persiles*.

Así, en el libro III, capítulo IV, encontramos el siguiente pasaje: «Apenas descubrió su pensamiento, quando Auristela acudió a satisfacer su deseo, compasiva y deseosa de sacar a Feliciana de entre los sobresaltos y miedos que la perseguían, sólo dificultó el ponerla en camino, estando tan recién parida, y así se lo dixo: pero el anciano Pastor dixo, que no había más diferencia del parto de una muger que del de una res, y que así como la res sin otro regalo alguno después de su parto se quedaba a las inclemencias del Cielo, así la muger podía, sin otro regalo alguno, acudir a sus exercicios; sino que el uso había introducido entre las mugeres los regalos y todas aquellas prevenciones que suelen hacer con las recién paridas. Yo aseguro, dixo más, que quando Eva parió el primer hijo, que no se echó en el lecho, ni se guardó del ayre, ni usó de los melindres que ahora se usan en los partos.» [1]

El pasaje trascrito no puede menos de llamarnos la aten-

[1] *Historia de los trabajos de Persiles y Sigismunda, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra. Nuevamente corregida y enmendada en esta última impresión.* En Barcelona. Por Juan Nadal, impresor. Año 1768, páginas 206-207.

ción, si consideramos que pertenece a una novela tenida por romántica, toda idealismo y delicadeza.

En el libro III, capítulo VI, encontramos la descripción de una vieja peregrina. «Seis leguas se habían alongado de Talavera, quando delante de sí vieron que caminaba una peregrina, tan peregrina, que iba sola, y escusóles el darla voces a que se detuviese, el haberse ella sentado sobre la verde hierba de un pradecillo, o ya combidada del ameno sitio, o ya obligada del cansancio. Llegaron a ella, y hallaron ser de tal talle, que nos obliga a describirle: la edad, al parecer, salía de los términos de la mocedad, y tocaba en las márgenes de la vejez; el rostro daba en rostro, porque la vista de un lince no alcanzara a verle las narices, porque no las tenía sino tan chatas, y llanas, que con unas pinzas no le pudieran asir una brizna de ellas; los ojos le hacían sombra, porque más salían fuera de la cara que ella; el vestido era una esclavina rota, que le besaba los calcañares, sobre la qual traía una muceta, la mitad guarnecida de cuero, que por roto y despedazado no se podía distinguir, sí de cordován o si de badana fuese; ceñíase con un cordón de esparto, tan abultado y poderoso, que más parecía gumena de galera, que cordón de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias y blancas; cubríale la cabeza un sombrero viejo sin cordón, ni toquilla, y los pies, unas alpargatas rotas; y ocupábale la mano un bordón hecho a manera de cayado, con una punta de acero al fin; pendida del lado izquierdo una calabaza de más que de mediana estatura, y apesgábale el cuello un rosario, cuyos Padre nuestros eran mayores que algunas bolas de las con que juegan los muchachos al argolla.» [5]

Esta descripción femenina es una llameante nota de fealdad entre todas las mujeres que aparecen en el *Persiles*, siempre bellas, y tanto que el autor y el lector no saben cuál escoger. Cervantes fué un creador de tipos femeninos delicados, bellos, física y espiritualmente. Recuérdese el *Quijote* con su galería de mujeres hermosas e infaliblemente buenas.

[5] Id., pág. 219.

Hasta las mozas del partido y la pobre Maritornes muéstranse caritativas con el caballero andante. Por cierto que es con el retrato de Maritornes, con el que ofrece cierta semejanza éste de «la peregrina»; semejanza en la deformidad física, descrita rápidamente en el caso de Maritornes, y lenta, barrocamente, en la novela que ahora estudiamos.

La descripción de esta feísima viajera más parece quevedesca que cervantina. Nos recuerda, en efecto, aquel magnífico retrato del Licenciado Cabra, también de ojos hundidos y breves, y con sotana tan indefinible como el hábito de la peregrina. De sabor conceptista son los donaires como «el rostro daba en rostro», y en general, toda la primera parte de la descripción. Cervantes usó aquí, pues, de ese realismo caricaturesco que constituye la esencia del estilo de Quevedo.

Nos quedan aún otros hallazgos realistas. Periandro o Persiles, el héroe, síntesis de cuantos delicados sentimientos goza la humanidad, llega a decir lo siguiente, en el libro IV, capítulo VI: «Por lo menos, respondió Periandro, el año que es abundante de Poesía, suele serlo de hambre, porque dámele Poeta y dártele he pobre, si ya la naturaleza no se adelanta a hacer milagros; y síguese la consecuencia: hay muchos Poetas, luego hay muchos pobres: hay muchos pobres, luego caro es el año.»[1] Si esto es romanticismo será del tipo del que en Bécquer encontramos cuando, con desaliento, confiesa el poeta que una oda sólo es buena al dorso de un billete de banco.

La frase puesta en labios de Periandro nos suena a disonante. ¿No encajaría mejor en los de un licenciado Vidriera, visión aguda y descarada de la vida? Con esta frase Periandro nos ha revelado la contextura de su alma cervantina y sentenciosa, haciéndonos ver que, pese a todo su platonismo, no está al margen de la común prosa de la vida.

De sabor genuinamente picaresco son los episodios de Bartolomé el Manchego y la talaverana Luisa, personajes realistas, casi hampones, a los que al fin, sólo un indulto salva de la horca.

[1] Id., pág. 325.

Desde la cárcel envía Bartolomé una carta a los otros peregrinos en la que se encuentra el siguiente pasaje: «Yo también digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme a la razón; porque estoy tan mohino en esta Cárcel, que a trueco de escusar la pesadumbre que me dan las chinchas, en ella, tomaría por buen partido que me sacasen a ahorcar mañana. Y advierto a vuesa merced, señor mío, que los jueces de esta tierra no desdicen nada de los de España; todos son corteses, y amigos de dar, y recibir cosas justas, y que quando no hay parte que solicite la justicia, no dejan de llegarse a la misericordia; la qual si reyna en todos los valerosos pechos de vuesas mercedes (que sí debe reynar) sugeto hay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra agena, presos en la Cárcel, comidos de chinchas, y de otros animales inmundos, que son muchos por pequeños, y enfadan como si fuesen grandes; y sobre todo nos tienen ya en cueros, y en la quinta esencia de la necesidad, solicitadores, Procuradores y Escrivanos, de quien Dios Nuestro Señor nos libre por su infinita bondad.»[6]

En todo este fragmento se transparenta todo un mundo de miseria, angustia y humor estoico y español.

Estos dos personajes acaban sus días como cualquier protagonista de novela picaresca: «Bartholomé el Manchego y la Castellana Luisa se fueron a Nápoles, donde se dice, que acabaron mal porque no vivieron bien.» Reflexión parecida a la del Buscón al final de la novela, estremecedoramente pesimista.

En un principio decíamos que todos estos—y otros que podrían encontrarse—matices realistas del *Persiles*, obedecen al momento en que Cervantes componía esta obra. Su vejez le aproxima a la infancia, creadora de las más fantásticas historias. Pero a la vez la senectud trae consigo una experiencia que cristaliza en este sabroso realismo.

Podríamos distinguir en la obra y en la vida cervantina unas fases que aclararían todo lo que venimos exponiendo.

Su primera época novelística está representada por *La*

[6] Id., págs. 318-319.

Galatea. Es la novela del Cervantes juvenil y todo en ella es artificio, ficción e idealismo.

La novela de su segunda etapa es el *Quijote*. Cervantes es un hombre maduro al que la vida ha tratado ásperamente, y que ya sabe que no todo es idealismo. De ahí la contraposición encarnizada, angustiada que late en esta obra, entre idealidad y realismo. La misma lucha se advierte en sus Novelas Ejemplares.

En la tercera etapa, definida por el *Persiles*, Cervantes es el hombre viejo que huye de la realidad, creando un sueño romántico. Pero los años no han pasado en balde y Don Quijote ha sido apaleado, muriendo aplastado por el prosaísmo. La experiencia del hombre se da en esos trazos realistas de la gran novela bizantina.

Cervantes no se traiciona nunca a sí mismo y siempre nos ofrece asideros realistas que nos percatan de que, aunque viajando por un mundo de sueños, llevamos aún los pies pegados a la tierra.

Es la voz gruesa y sencilla de Sancho—muy a lo pan, pan, y al vino, vino—la que hace narrar al viejo pastor toda su descripción del parto y la que hace decir a Periandro que año de poetas, lo es de hambre.

Gran lección ésta de un gran escritor, cuya obra resulta perdurable, precisamente por esa exacta fusión de idealismo y realismo.

MARIANO BAQUERO GOYANES.